

Con eso de los "panty", la carrera de un punto en la media se ha convertido en un auténtico maratón.

—o—

Ni de los automóviles puede ya uno asegurar si llevan el motor delante o en su parte mas "prepóstera".

—o—

Freía un huevo como quien crea una joya para prendérsela en el vestido.

—o—

Es un acto de cruel indiferencia eso de aprovechar la luz del escaparate para dar una ojeada a los titulares del periódico de la tarde.

—o—

El sábado es una flor lozana que se mustia al día siguiente.

—o—

No tartamudeaba; era que estaba aprendiendo a hablar a máquina.

—o—

Una ventana sin visillos es una ventana descocada.

—o—

Cuando el conductor baja la pantalla esa para que no le dé el sol en los ojos, el coche se disfraza de pirata.

—o—

El girasol es una flor hipnotizada.

—o—

Comía la alcachofa con un sensualismo cruel: regodeándose con los temblorosos pudores del manjar.

—o—

El tenis es un deporte que produce en los espectadores la misma fascinación que la atenta observación de un reloj de péndulo.

—o—

Luego de mirar la lista de la lotería, caminaba rompiendo los décimos sin premio y sembraba las aceras con trocitos de sus ilusiones perdidas.

JOSE CANAL

ENSAYOS DE HISTORIA

# El mito de un gran tesoro

Por Angel DOTOR



NINGUNO de los muchos historiadores, tanto hispánicos como extranjeros, que han descrito y enjuiciado la conquista de México por el ínclito Hernán Cortés disiente en conceptuarla como la más brillante de las gestas escritas por el brazo español en la tierra americana, llegando varios de ellos a considerar que algunos momentos de la misma no ceden en esfuerzo brioso y denodado a los que inmortalizaron a héroes inolvidables de la remota mitología oriental. La lectura de las crónicas de la conquista, principalmente la debida a Bernal Díaz del Castillo, participante en ella, cautiva y emotiva, al advertir cómo el valor, la audacia y la decisión de un puñado de españoles, fieles al genio conductor de su caudillo, hicieron posible la conquista de aquel gran imperio.

Esas crónicas pormenorizan el que fue casi un trienio de afanoso y heroico empeño —desde la partida de las naves de Santiago de Cuba, el 13 de noviembre de 1518, hasta la definitiva entrada del pequeño ejército en la capital azteca el 13 de agosto de 1521—, trienio a lo largo del cual hubo numerosas jornadas de encontrado signo, las más significativas de las cuales fueron la llamada "Noche triste" y la batalla de Otumba. En todas ellas, triunfales o adversas, brilló siempre, como inseparablemente unida al denodado heroísmo, la manifestación de una suma de carac-

terísticas personales en el gran milite —clara visión de los hechos y sus previsibles consecuencias, prudencia, meditada decisión, franca sindéresis, acendrado sentido humano y generoso— que tanto contribuyeron a que aquel insuperado éxito quedara inscrito en el plinto de la Historia con caracteres de gloriosa inmortalidad.

En ese gran acervo, modelo de vida y acción, contenido en las crónicas de la conquista de la que, a partir de entonces, llamaríase también Nueva España, figuran, naturalmente, hechos no bélicos, sino de otra índole, como anécdotas, semblanzas personales y eventos diversos, que restan rudeza y, por el contrario, suelen conferir amenidad a lo estrictamente marcial. Así sucede con lo que durante siglos vino denominándose el tesoro de Cuauhtémoc, al que vamos a referirnos.

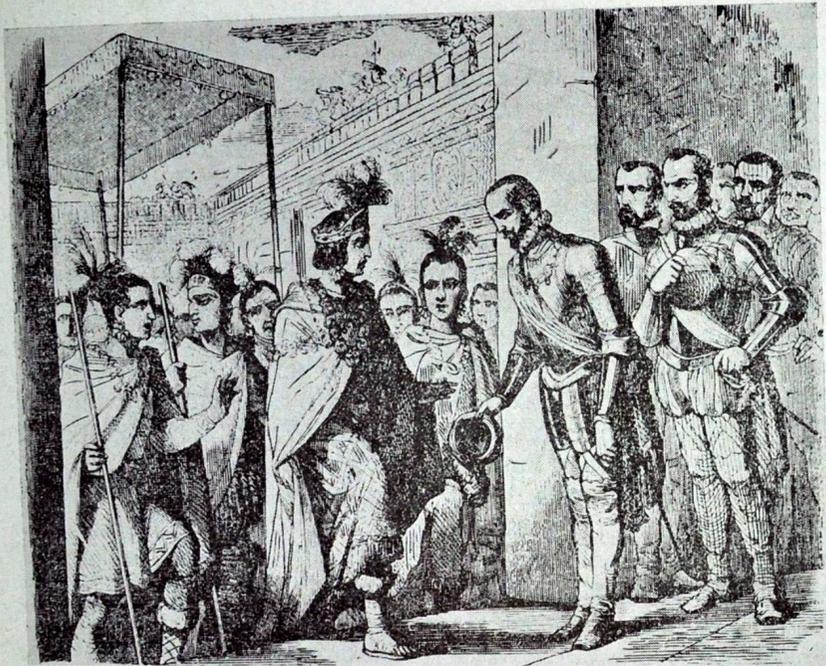
Cuando los españoles arribaron a la Gran Tenochtitlán o capital mexicana, el 8 de noviembre de 1519, tras vencer tantas dificultades y peligros como se les presentaron desde su desembarco en el lugar de la costa donde fundaron Veracruz, el emperador Moctezuma les tenía preparado su alojamiento en el suntuoso palacio que había pertenecido a su abuelo, Axayácatl. Transcurridos algunos días, pensó Cortés construir allí una capilla donde podría ser oficiada la santa misa por el capellán de la expedición, padre Olmedo. Buscábase el lugar más apropiado en que instalar el altar, cuando el soldado-carpintero, Alonso Yáñez, advirtió en uno de los paramentos la existencia de una puerta tapiada, lo cual sugirió a los circunstantes la idea de que se tratase de la entrada al recinto donde se guardaba el tesoro de los antepasados de Moctezuma, acerca del cual tenían, aunque vagas, algunas referencias. Puesto el hallazgo en conocimiento de Cortés, éste ordenó la apertura del hueco con el mayor sigilo, y penetrando, después de ser iluminada, en la oculta cámara, acompañado de algunos de sus oficiales, todos quedaron deslumbrados por el hallazgo de aquella que era verdadera materialización de la fábula de Ali-Babá. Montones de áureas joyas, hermosísimas perlas y rutilantes gemas, entre ellas las llamadas **chalchivis** o esmeraldas; planchas y discos de oro y otros valiosos objetos aparecían allí en cantidades jamás vistas ni, acaso, imaginadas. ¡Cuántas apetecencias no estimularía la contemplación de aquel espectáculo fabuloso! Sólo tratándose de españoles, cuyo móvil no era conquistar únicamente las riquezas, sino también las almas necesitadas de cristianización, ensanchando así los dominios espirituales de su patria, genitora

de pueblos; sólo en Cortés y los suyos, repetimos, se comprende que aquel tesoro “ni por pensamiento se tocase”. Al momento se cerró perfectamente el hueco abierto, dejándolo tal y como antes estaba, quedando convenido solemnemente mantener absoluto secreto, a fin de que ni Moctezuma ni nadie de su corte pudiese sospechar que había sucedido tan insólito hallazgo, el cual constituía la mejor prueba de que en aquel país existía oro en abundancia. Por esto querían los españoles ir no sólo a los lugares donde se les había dicho existía algún tesoro, sino a los propios centros de la producción aurífera. Aquella búsqueda se extrema cuando Moctezuma, al abdicar su autoridad en la Corona de España, hace entrega, ya como tributo, del tesoro que guardaba en la llamada Casa de las Aves, evaluado en ochocientos mil ducados. Las provincias aportaron también importantes cantidades, y el capitán Pedro de Alvarado obligó al reyezuelo de Texcoco a entregarle las joyas reales. Cuando estuvieron reunidas todas las aportaciones, informó Cortés sobre ello al Rey-Emperador, después de lo cual fueron fundidas en su mayoría las alhajas y objetos de oro a fin de poder determinar equitativamente el quinto real. Separado éste y, después, el quinto para Cortés, el importe de lo gastado por el caudillo en la armada y, finalmente, el valor de las embarcaciones hundidas, repartióse el remanente.

La actitud pacífica de los indios trocose en hostil, principalmente a causa de la intemperancia de Alvarado, el valeroso capitán, que había mandado destruir el santuario donde los aztecas celebraban su culto idolátrico. La ciudad llegó a manifestarse en franco levantamiento contra los españoles, encabezado por Cuauhtémoc, por lo que Cortés comprendió que no existía otra solución que evacuarla. Así se efectuó, aprovechando la oscuridad y el silencio del conticinio, pero no se pudo evitar que fuese a costa de grandes pérdidas, dada la acometida de los indios, al fin apercebidos de la huida. El hundimiento de un puente sobre el canal que habían de cruzar en su salida de aquella ciudad semilacustre hizo caer al terrible regajal no sólo hombres y caballos, sino asimismo la artillería, el tesoro y la valiosa documentación. Todas las riquezas recogidas por los expedicionarios desde el día que pusieron pie en la costa continental se habían esfumado, haciendo así más dolorosa aquella derrota, que justificaba la llamada “Noche triste” del 1 de julio de 1520.

Moctezuma había tenido un trágico fin, pues murió a consecuencia de las heridas que le produjeron las desenfrenadas tur-

bas cuando se dirigió a ellas, en tono de concordia y apaciguamiento. Poco después del abandono de la capital por los españoles, el pueblo azteca eligió como sucesor suyo a un sobrino llamado Cuauhtémoc (palabra que en idioma nahoa significa "águila que desciende"), casado con la princesa Tecuichpo, hija legítima de aquél. Era un azteca jactancioso que llegaba a asegurar haría



Entrevista de Hernán Cortés con Moctezuma, según un grabado antiguo

desaparecer, sacrificados, a todos los extranjeros, a la sazón ya asediados, de nuevo de la capital, la cual no tardó en ser debelada, terminando así la campaña bélica. Como el reparto del oro efectuado meses antes no fue bastante para satisfacer las apertencias de la tropa de Cortés, los soldados españoles llegaron a alentar la sospecha de que Guatemuz o Guatrimocin —nombres que daban a Cuauhtémoc— había ocultado la parte principal del tesoro de sus antepasados, y de aquí que exigieran a Cortés apriisionarse y diese tormento al emperador azteca a fin de arrancarle la confesión del lugar donde se hallaban aquellas riquezas. El

General no tuvo más remedio que acceder, dada la presión que en tal sentido se ejerció sobre su ánimo, ya que el haberse opuesto terminantemente hubiera servido a sus detractores como prueba apodíctica para convertir en franca acusación el entredicho que sobre él pesaba de haberse quedado con el oro por todos tan ambicionado. Refiere Gómara que cuando Cuauhtémoc y su primo y privado, el señor de Tacuba, sufrían el inhumano suplicio de quemarles las plantas de los pies con hirviente aceite, el segundo comenzó a dar grandes quejidos, por lo que Cuauhtémoc, que soportaba, impasible, el mismo tormento le hizo la pregunta, desde entonces famosa: "¿Es que crees tú que yo estoy en un lecho de rosas?". No se consiguió que hicieran revelación alguna, y todas las pesquisas efectuadas tendentes a encontrar el supuesto tesoro oculto dieron resultado negativo.

Puede afirmarse que desde aquella época hasta nuestros días ha continuado la búsqueda del supuesto tesoro de Cuauhtémoc. Se creyó podría estar bajo las ruinas del que fue templo mayor azteca, a un lado del Zócalo, la plaza mayor de la ciudad, o enterrado en la morada de Axayácatl, hoy Palacio Nacional. Después llegóse a buscarlo en el fondo del lago de Texcoco y en las estribaciones de la montaña llamada Popocatepetl, donde se efectuaron excavaciones y removiéronse peñas esperando encontrar la entrada a alguna caverna. Hace pocos años, un zahorí mexicano experto en la busca de objetos de valor, llamado Vicente Contreras Vázquez, durante una de las sesiones celebradas por el Club Rotario de Nonocalco, aseguró que el tesoro de Cuauhtémoc se encontraba en el subsuelo del lugar que ocupa la moderna Unidad de Población de Nonoalco-Tlatelolco. Un periodista de aquel país refirióse a ello en estos términos: "El señor Contreras Vázquez afirma haber tenido éxito en la búsqueda de tesoros, lo cual le ha permitido hacer una fortuna. Y sostiene que por los datos recopilados todo hace suponer que el oro y otros valiosos objetos del imperio azteca fueron escondidos por órdenes de Cuauhtémoc, antes de la caída de Tenochtitlán, en donde hoy está el centro de Nonoalco, y que un grupo de personas ha iniciado algunos trabajos para localizar el tesoro, habiendo solicitado ya la autorización de la Secretaría del Patrimonio Nacional para llevar adelante esa tarea. También aseveró que en las lagunas de Zempoala hay arcones de oro, plata y otros artículos arrojados allí por los alemanes residentes en México durante la Segunda Guerra Mundial, y que si actualmente no han podido ser recupe-

rados se debe a que no se han utilizado los aparatos necesarios.”

Dos colaboradores del señor Contreras, Jenaro Paulat y Bernardo Lazo de la Vega, han manifestado que adquirieron buen número de monedas de oro encontradas bajo tierra o en cajas empotradas en los muros de casas muy antiguas de la capital, las cuales acaso procedieran del tan obsesionante como buscado tesoro. En cambio, el arqueólogo Jorge Rocha, subdirector del Instituto de Antropología e Historia, refiriéndose a las nuevas hipótesis enunciadas sobre el supuesto tesoro de Cuauhtémoc, ha negado rotundamente su existencia, por lo cual considera que “son inútiles los estudios, excavaciones y demás trabajos que se hayan hecho o se hagan para encontrarlo”, manifestando asimismo que los equipos “busca-tesoros” habitualmente empleados para la localización de metales preciosos y otras riquezas se equivocan frecuentemente, porque lo mismo señalan lugares donde se encuentran clavos que verdaderos metales valiosos. Además, pone de manifiesto que los aztecas desconocían por completo —al contrario que sus coetáneos los incas— el valor del oro y de la plata, y de aquí que tuvieran mayor aprecio por las plumas finas y otros productos de la Naturaleza. Esto echa por tierra la leyenda o mito del tesoro, que cabe conceptuar carente de todo fundamento, caso que no es único, ni mucho menos, a lo largo del decurso secular.



## Amor a la tierra

Era un pueblo sin nadie en las ventanas,  
era un pueblo de luces apagado,  
era un cabo de vela que se agota  
y tan solo recuerda su pasado.

Por la desierta calle caminaba  
su alrededor marchito contemplando;  
un suspiro en su boca soñolienta  
heredera de un mar equivocado.

Era feliz allí. Sin más deseo  
que abrazar a su tierra sobre el campo,  
ver al sol amarillo que se esconde  
en la constante imagen del arado.

Los demás a otros sitios se marchaban  
con las lágrimas puestas en su rastro,  
mientras los contemplaba tras las rejas  
de una ventana gris con marco blanco.

Le decían: —Camina con nosotros,  
vamos a donde el hambre no hace daño,  
a comernos el pan de cada día  
con la sal que en la frente trabajamos.

Las palabras herían sus oídos  
pero nunca llegaban a quebrarlos,